

Durante todo el mes de septiembre presentaremos cada jueves una serie sobre diversos aspectos de la cultura y costumbres tradicionales chilenas.

En un intento por contribuir a un mayor conocimiento de nuestra historia, presentaremos a los hombres y mujeres que ayudaron a forjar nuestra nacionalidad.

Por ello hemos dedicado este primer documento a Los Cronistas, entre quienes hemos descubierto, por ejemplo, a nuestros dos Premios Nobel de Literatura: Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

Nuestros laureados poetas también escribieron prosa y es en esas creaciones donde hemos investigado en forma especial para dar a conocer, quizás, la única y más bella descripción de nuestro escudo nacional, que en la pluma de Gabriela Mistral se transforma en una crónica llena de poesía.

También indagando en las obras de Pablo Neruda hemos seleccionado una definición de las lluvias de la zona sur, en la que resulta imposible no sentir la caída de cada gota de agua resbalando por un monte, repicando en la acera, mojándonos el rostro y aprehendiéndolas en nuestras manos.

Asimismo, se presentamos los párrafos más importantes y extractados de una crónica de José Zapiola, en la que se refiere a la escuela primaria, que se incluye en su libro "Recuerdos de treinta años".

El origen de José Zapiola tiene un velo que él mismo se encargó de ponerlo. Nació en 1892. En 1912 entró a la escuela de primeras letras que, en la calle de la Compañía, a espaldas de la Catedral, había fundado, en tiempos del Marqués de Añillo, el prebitero don Miguel Sáez.

En Historia de la Literatura Americana, Luis A. Sánchez escribe sobre Zapiola: "José Zapiola es otro de los hombres que pulieron a Chile antes de describirlo, y lo pulieron desde abajo, sintiendo sus latidos en lo más hondo de su entraña nacional. Sus Recuerdos de 30 años son un libro ameno, carnudo y plácido, en el cual aparecen con toda graficidad la vida y los costumbres de aquel tiempo".

El Sr. Zapiola, en el prólogo de la cuarta edición de los "Recuerdos", dice sobre Zapiola:

"La vida del autor del Himno de Yungay, aventura de acción democrática de un carácter y una personalidad, queda unida a la historia de Chile por múltiples razones: por haber sido el cantor de sus glorias militares, el creador de la enseñanza musical en las escuelas y el memorialista de una época que marca los primeros jalones de nuestra vida artística, intelectual y política".

LA ESCUELA PRIMARIA

I.—El año de 1812 había una escuela en Santiago, cuyo número de alumnos pasaba de 300. Era gratuito, y, sin embargo, concurrían a ella niños de las familias más notables. Sin pertenecer a esta categoría, estudiábamos en ella. Cuando decimos estudiábamos se entiende que habíamos de catecismo, lectura, escritura y las cuatro primeras operaciones de aritmética: no se enseñaba otra cosa. Los que querían hacer estudios más importantes concurrían a otros establecimientos regidos por particulares o por religiosos que se congregaban en sus respectivos conventos a estas funciones. Aun no se habían instalado el Convento de San Carlos ni el Instituto.

Se fundó también en ese tiempo un establecimiento que se llamó la Academia.

Entonces, como ahora, la antigüedad clásica suministraba el título a estos establecimientos, con la diferencia de que en Atenas no había más que un libro, y ahora nosotros tenemos uno en cada provincia. Aristóteles debe estar de parabienes...

Nuestra escuela estaba situada en la calle de la Catedral, a cuadra y media de la Plaza de Armas.

CRONISTAS CHILENOS

José Zapiola, el más agudo cronista chileno, cuenta como era la Escuela Primaria. Gabriela Mistral describe nuestro escudo nacional. Pablo Neruda hace un hermoso relato del clima del sur del país, probablemente su tierra natal, Temuco.

Esta narración se refiere al período transcurrido desde 1812 hasta 1814. Un año después dimos por terminada nuestra carrera escolar.

II.—El maestro (este título que llevó Jesucristo se encuentra muy modesto en el día y se le ha reemplazado por el de preceptor, institutor, apóstol, etc.), el maestro, decíamos, se llamaba fray Antonio Briceño, lego mercedario de figura imponente, cara angulosa y pálida, boca de oreja a oreja, nariz de pollón, ojo escudriñador e inteligente. Toda la escuela se alegraba cuando se le veía sonreír con algún extraño, pues con sus discípulos jamás sonreía más. Un

gorro negro, más o menos torcido, nos advertía del estado de amabilidad en que se encontraba. Por lo demás, de costumbres ejemplares.

A esta escuela asistían niños de los barrios más apartados de la ciudad. No eran tan exigentes como ahora, que quieren que la escuela esté en la puerta de la casa. Y es de advertir que entonces era la asistencia doble: la primera a las siete u ocho, según la estación, y la segunda invariablemente a las dos de la tarde.

Exceptuando la enseñanza y la tinta, todo lo demás era de cuenta de los alumnos. En cuanto a las plumas, sólo se cono-

cían las de ave. Estas, el papel y los libros valían cuatro veces más que hoy.

La operación de lavar las plumas ocupaba la primera hora de la mañana, para lo que el maestro, ayudado de un alumno, se colocaba a la entrada de la escuela, a fin de hacer diariamente aquella operación en todas las plumas de los que escribían.

La escuela estaba dividida en dos secciones, no por el grado de adelantamiento ni por la clase de estudios, sino por la categoría social a que pertenecía el niño. Los más distinguidos en este sentido ocupaban los dos lados del salón más próximos al maestro, que tenía su asiento en la tercera. Los menos favorecidos de la fortuna tenían lugar también en ambos lados, a continuación de la primera clase.

Un día en que, según nuestros recuerdos, habíamos hecho cierta traversura, me dirigió fray Antonio estas palabras: "Zapiola, pasa usted a la segunda". Al recibirme en la escuela el maestro me había colocado en la primera, a causa, sin duda, de verme con medias (cosa poco común en los niños de entonces) y decentemente vestido; pero es probable que algún soplón pusiera en su noticia que el tal Zapiola no pertenecía al orden oculto y que debía ir a la segunda, al lado de los suyos...

Los alumnos más adelantados o de mejor conducta recibían un pequeño cuaderno de papel con calados y dibujos, que se llamaba paves. El objeto de este papel era que cuando el poseedor cometiera alguna falta, al recibir el castigo, lo presentara para quedar libre. Había pocos de distintas categorías, para distintas clases de faltas; a veces, cuando ella era muy grave, el maestro lo rompía y el delincente recibía su merecido, sobre todo cuando lo había sido por culpa de lo que era corriente. Los más malos era de dos o tres reales.

III.—En el día es cuestión muy debatida la clase de penas que debe aplicarse a los niños por sus faltas. En ese tiempo estaban en uso cuatro castigos: arrodillarse, el guante, la palmeta y los azotes. El primero, considerado como el más suave, era más común. El guante se aplicaba con alguna frecuencia, pero en poco número. La palmeta tenía lugar para las faltas de más consideración. Era bastante dolorosa, pues este instrumento consistía en un pequeño círculo de madera agujereado y con un mango, de cuya punta lo tomaba el que aplicaba el castigo, que rara vez excedía de cuatro o seis golpes en la palma de la mano. Por último, venían los azotes, que sólo se aplicaban en casos muy graves, con todas las precauciones posibles para evitar la humillación del paciente. Esta pena era muy rara y siempre tenía lugar fuera de la vista de los otros alumnos.

Felizmente, los azotes han desaparecido de la escuela; sólo falta que se les proscriba de todas partes...

La mayor parte de estos castigos han sido reemplazados por otros; uno de los más comunes es en el día el encierro. Esta pena genera en muchos casos grandes inconvenientes para los perceptores, pero, aun cuando así no fuera bastaría, sólo las consecuencias que de ella resultan en muchos casos para rechazarla como la más funesta.

Francamente, somos partidarios del guante.

Lo hemos aplicado en nuestra larga vida de profesor de bandas de música sin ningún inconveniente, casi, hemos dicho, con excelentes resultados.

Responde de esto el considerable número de artistas de mérito conocido y de excelentes ciudadanos que hemos formado en esta enseñanza. Nos gloriamos de poseer un coronado, no sólo inclinado a la clemencia por nuestros semejantes, sino por todo ser sensible. Lo esencial es la preferencia del maestro, pues el castigo más suave, mal aplicado, puede convertirse en una humillación y un suplicio para el alumno.

IV.— Los sábados había remate en

(sigue a la vuelta)



Neruda describe la naturaleza sureña.



Según Gabriela Mistral, nuestro escudo nacional refleja dos aspectos del espíritu: la fuerza y la gracia.

Cronistas chilenos. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cronistas chilenos. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile